

Más tarde . . . un poco de musgo y algunas grietas, obra del tiempo y de las lluvias, una hiedra que florea de tarde en tarde, que más dura marchita que cubierta de verdor, y que al estrecharse llena de vida contra la tumba, parece que su sávia se extingue y queda maldita al soplo de aquella atmósfera de muerte! ¡Y siempre desde el primer día, desde la primera hora, desde el primer instante, un vientecillo monótono y helado cuyo murmurio lleva en sí algo del feroz murmurio de las ondas del pérfido Leteo . . .

Allá . . . en las gradas de un regio monumento se ve una jóven enlutada que, en desgarradora postura, solloza ante una cruz cuya humildad contrasta con el mencionado mausoleo. A espaldas de la jóven y medio arrodillado en las mismas gradas está un chico, un niño casi, que contempla conmovido y con hurraño estupor á la hermana. En medio de ellos hay una cesta con flores, de las cuales algunas han sido regadas al pié de la cruz. La quietud es completa, y sólo se adunará al temblor de la espesura la angustiosa respiracion de la huérfana.

La sencillez del drama recuerda los melancólicos bosquejos de Pablo Delaroche ó las tiernas creaciones del divino Rafael. Allí sólo hace falta un rayo de luna . . . ¡algo immaculado y apacible que preste al conjunto todo el esplendor de las sombras y del misterio . . .

La dolorosa expresion de los huérfanos es soberana. El uno, que no comprende la enormidad de su desgracia, sufre y se azora sin darse cuenta de ello, y la otra, que todo lo comprende, se estremece de angustia y anubla su frente contraída la más muda desesperacion. El pañuelo que con una mano sostiene muy cerca de la boca, haciendo contraste con la otra que permanece sobre la rodilla en lánguido abandono, es un detalle maestro. En efecto, hay ciertos momentos en que la fuerza convulsiva de los sollozos obliga al que llora á tomar esa naturalísima postura.

Yo no soy artista, pero me siento subyugado por el arte cuando su manifestacion es patente. Creo, como ántes dije, que el arte está en la perfecta imitacion de la naturaleza. Fuera de ella, en cierto género por supuesto, no hay nada que sea artistico. Se entra á la region de lo desconocido, y lo que no se ve, sólo puede juzgarse por relaciones psicológicas.

La estética que sorprende en mí, está en perfecta relacion con el mundo exterior. Todo lo veo animado por rasgos extraños, por cierta poesia que está en el regazo intimo de las cosas, y que sin embargo, parece que flota en derredor de ellas como una atmósfera luminosa. Aquello es la vida del arte que se anima, que se eleva, que se desborda . . . ¡Entónces el hombre se identifica con la belleza y la siente, la ve, la palpa; porque la lleva en su propio espíritu!

A semejanza de Josué, cuando detuvo el sol en su marcha, Monroy sorprende las pasiones, las paraliza para robarlas sus secretos, y, donde hay luz, toma la luz immaculada, y donde hay sombra, la deja virgen de toda luz.

Al contemplar á los huérfanos se advierten sus sollozos, casi se oyen. Hay que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarse subyugar por la ilusion del artista que se impone como una tremenda realidad. Se adivinan los movimientos convulsivos, como se adivina la desesperacion interior. Creese sorprenderlos en un instante de quietud, de cansancio moral, de fatiga, de calma desgarradora; pero se espera verlos levantarse de improviso, trémulos, sollozantes, y arrojarse con frenesí sobre el suelo, como buscando tras de aquella tierra húmeda y helada los restos informes del sér querido; como buscando un recuerdo mortal de aquella vida que se extinguió; una memoria, un mechon de cabellos, un giron de vestido . . . ¡Algo! ¡Algo que calme aquel dolor, que satisfaga aquella ansiedad, que seque aquellas lágrimas, que llene aquel tremendo vacío! Pero . . . ¡nada! . . . Y el que contempla el cuadro, lee tan terrible respuesta en la quietud del cementerio, en la inmensa naturaleza impasible . . .

Entónces á la exasperacion, á la rabia impotente, á los arranques de locura, á las miradas frenéticas, siguen la calma, el olvido de lo que se halla en derredor, y de los hombres y de sí, el abandono absoluto; sigue una frente, aunque anublada por la tristeza, llena de resignacion; siguen los sollozos ahogados, el llanto bienhechor que se desborda rauda y cristalino, como una fuente de bendicion y de consuelo . . .

En tal estado el artista bosqueja el drama . . . ¡No! ¡Aquello no es un bosquejo! ¡Aquello es el mismo drama petrificado, real, inexorable, eterno como el infortunio!

Mayo 21 de 1884.

IGNACIO OJEDA VERDUZCO

QUIERO TU DOLOR.

(A mi esposo Pedro Teodosio Labastida.)

Cuando anhelo mis penas revelarte,
Siento mi corazon
Herido mortalmente por la mano
Del ángel del dolor.
Si yo escribiera en tu álbum mis tristezas,
Si hablara de sufrir,
Nublara tus ensueños más hermosos,
Tu ilusion más feliz.
Tan sólo un don me atreveré á pedirte,
Un alto y noble don,
Que si en la vida sufres, que conaigo
Compartas tu dolor,
Yo que llevo ceñidas en mi frente
Espinas mil y mil,
Cargaré con la cruz de los que lloran,
Y así seré feliz!

México, 29 de Mayo de 1884.

MANUELA RAMOS DE LABASTIDA.